



Un siglo de libros de historia en la Argentina: la cultura, la política y el mercado editorial

Alejandro Cattaruzza¹

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”

Universidad de Buenos Aires

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

manuelcattaruzza@arnet.com.ar

Resumen: Se examina aquí el desempeño de algunos libros dedicados a la historia nacional en el mercado editorial y entre públicos no especializados, en la Argentina del último siglo. En la perspectiva asumida, esta cuestión no sólo está vinculada a la historia cultural, ni tampoco sólo a la del libro, sino que se relaciona con la historia de la historiografía, ya que la producción de libros que aspiran a circular más allá de los especialistas habla del estado de las instituciones historiográficas, de su relación con el más ancho mundo de la cultura y, finalmente, de sus vínculos con la política. El estudio se concentra en ciertos casos y ciertos momentos significativos, en un período que cubre, aproximadamente, desde 1916 hasta la actualidad.

Palabras clave: Historiografía argentina – Circulación de libros de historia – Cultura, política y actividad historiográfica

Abstract: In this article, the performance of some books about national history in the publishing market and among non-specialized publics in Argentina, during the last century will be examined. In the assumed perspective, this question is not only linked to cultural history, nor only to the history of book, but is related to the history of historiography, since the production of books which aspire to circulate beyond the specialists is a testimony of the state of the historiographical institutions, of their relationship with the wider world of culture and finally, of their links with politics. The study focuses on some cases and some significant moments, in a period that covers, approximately, from 1916 to the present.

Keywords: Argentinian historiography – Books on history circulation – Culture, politics and historiography

¹ **Alejandro Cattaruzza** es profesor en la Universidad de Buenos Aires y es Director Interino del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, UBA-CONICET. Fue profesor en la Universidad Nacional de Rosario y ha dictado cursos en otras universidades argentinas y del exterior. Magister en Historia Política y Social, dirigió el Tomo VII de la Nueva Historia Argentina, *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, que publicó Sudamericana en 2001, y también el tomo VI, titulado *Argentina 1930-1960*, de la colección América Latina en la historia contemporánea, de Taurus/MAPFRE. Entre sus obras se cuentan: *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires: Alianza, 2003, junto a A. Eujanián; *Los usos del pasado*, Buenos Aires: Sudamericana, 2007; *Historia de la Argentina 1916-1955*, que publicó Siglo XXI en 2009. Fue además director de *Mirando hacia adentro (1930-1960)*, Tomo IV de la *Historia Contemporánea de Argentina*, en la Colección América Latina en la Historia Contemporánea, Madrid, Taurus/MAPFRE, 2012. Sus temas actuales de investigación se refieren a las relaciones entre producción historiográfica, disputas políticas y vida cultural en la Argentina del siglo XX.

Como Nathan Myhrvold de Microsoft (un ex post-doc mío) señaló: yo he vendido más libros sobre física que Madonna sobre sexo.

Stephen Hawking. "Foreword". *The Illustrated A Brief History of Time*. New York: Bantam Books, 1996.

El historiador y sus libros

Los problemas a los que este trabajo está dedicado son el de la publicación de libros referidos a la historia nacional y el de su desempeño en el mercado editorial, en la Argentina del siglo XX. Así enunciada la cuestión, el lector podría plantearse inmediatamente algunas preguntas muy apropiadas; las primeras rondarían el tema de la pertinencia de este objeto de estudio. ¿Se puede suponer que los libros dedicados a temas de historia argentina se comportarán en el mercado de un modo propio y específico? ¿Qué diría del mundo del libro y del mercado editorial en sentido amplio, y en última instancia del universo cultural, el examen de este asunto? Y, finalmente: ¿cómo reconocer a los llamados libros de historia entre todos los demás?

Para comenzar a responder las más decisivas de estas preguntas debe considerarse que esta cuestión tiene relación al menos con dos áreas de la investigación histórica: la historia cultural y la historia de la historiografía, que en la perspectiva que aquí se asume están fuertemente vinculadas. En cuanto a la primera, podrían incluso agregarse subespecialidades, como la historia del libro, de la edición y de la lectura, aunque ese gesto parece excesivo esta vez; un campo amplio, como la denominación historia cultural sugiere, resulta más pertinente.² Se intenta subrayar con tal ubicación que para este tema valen las observaciones que suelen plantearse al momento de investigar en perspectiva histórica los libros, su recepción y el mercado editorial en general. Sólo por plantear algún ejemplo, tampoco los historiadores escriben libros, como ha indicado Roger Chartier, sino "textos que luego se convierten en objetos impresos" y también ellos dependen de

² Sobre la historia del libro y de la edición en la Argentina, se sugiere la consulta de las obras de De Diego, Sorá, de Sagastizábal y Giuliani que se han incorporado a la bibliografía.

lógicas que no le son propias (111); los sentidos atribuidos al pasado al que los textos aluden no pueden leerse de manera transparente, ya que son construidos en el encuentro con los lectores, y también aquí la noción de “comunidades interpretativas”, propuesta por Stanley Fish, puede emplearse con beneficio. Finalmente, como han indicado Ginzburg, “las personas no absorben pasivamente lo que les echan”, sino que “lo desmontan y vuelven a montarlo del modo que mejor se ajuste a sus propios fines”; en la misma línea, argumentó Sandro Portelli que “la lectura no puede verse como un proceso pasivo, sino como una lucha que el lector libra activamente con el material” (Samuel 90 91). No hay, de este modo, puro consumo de los libros referidos al pasado –como de ningún otro–, sino una permanente, dispersa y fragmentaria atribución de sentido por parte de los lectores.

De cara a la segunda especialidad mencionada, la historia de la historiografía, en la que se instala más cómodamente este artículo, es necesario realizar precisiones más detalladas. Los historiadores profesionales, o los de base universitaria, apelan con frecuencia al libro para dar a conocer los resultados de sus investigaciones, a pesar de que mucha de su producción previa asume la forma del artículo especializado o el *paper*; también lo hacen intelectuales dedicados a la historia, o historiadores que, para su bien o para su mal, no forman parte del mundo académico. Los destinos de esos intentos varían mucho de acuerdo al período y al escenario nacional del que se trate, pero tales esfuerzos son prácticamente universales y continúan hasta hoy; su debilidad o su fracaso, incluso suelen ser juzgados por algunos historiadores como un síntoma preocupante del estado de la disciplina. De este modo, el estudio de la suerte de esos libros en el mercado permite plantear algunas proposiciones acerca de asuntos importantes para la historia de la historiografía.

Las investigaciones disponibles sobre al proceso de profesionalización, vinculado a los problemas tratados aquí, permiten ofrecer una imagen de conjunto cuyos rasgos gozan de cierto consenso.³ Ella indica que la especialización y

³ Se sugiere la consulta de las obras de Noiriel; Charle; Novick; Appleby, Hunt y Jakob; Le Goff y Cannadine citadas más adelante. Acerca de la situación argentina, nos permitimos remitir al libro de Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro mencionado en la bibliografía.

consolidación institucional tuvo lugar en Europa y América a lo largo del siglo XIX, y que se trató de un proceso imperfecto e inacabado en todos los casos, aún si variaban los ritmos y características de acuerdo a cada contexto nacional. El resultado final fue que, a fines del siglo XIX, la historia dejó de ser una disciplina practicada libremente por eruditos cultos y sin mayores necesidades materiales y pasó a estar sujeta a reglas y controles académicos, con presencia fuerte en la universidad y con la posibilidad de conseguir inserción laboral para sus miembros. El proceso exhibió varias etapas y varias dimensiones: una de ellas se organizó en torno al anhelo de distinguir el discurso sobre el pasado propio del historiador de otros que también le estaban dedicados con frecuencia, como el literario, en particular en el modelo de la novela histórica, o el filosófico, que según se planteaba no tenían en su centro la pretensión de cientificidad y, en consecuencia, estaban eximidos de la exigencia de aplicación de las reglas del método, de la exhibición de pruebas y, en fin, de la búsqueda de objetividad. Desde las primeras décadas del siglo XIX ese intento de extrañamiento frente a otros modos de referencia al pasado se afirmó y halló en Ranke su héroe: la historia se hacía con documentos; los documentos debían ser escritos –estableciendo un corte muy duradero entre lo que se llamaba prehistoria y la historia– y ser sometidos a crítica de acuerdo a los principios del método. En las últimas décadas del siglo XIX y las iniciales del XX, los cambios fueron de otra naturaleza. La presencia de la disciplina en la universidad se extendió y se afirmó, y cambió el mercado de trabajo para quienes se formaban allí. En la etapa previa a la de consolidación profesional las retribuciones eran irregulares, aleatorias y ese mercado, más o menos libre. Uno de los primeros objetivos de la historia en vías de profesionalizarse fue estabilizar el sistema de remuneración: cuánto dinero habrían de obtener sus miembros por enseñar o investigar historia, una preocupación que los “caballeros aficionados” de la etapa anterior no tenían. No se trataba entonces sólo de vocaciones, sino también de dinero.

En otro plano, la organización institucional de la historia se aproximó a la de las ciencias naturales. En los congresos de especialistas –otro evento que fue síntoma de los cambios y que comenzaron a celebrarse en estos tiempos–, el estilo

de los textos admitidos se estandarizó y tendió a estabilizarse. Las historiadoras norteamericanas Appleby, Hunt y Jakob plantearon la cuestión de este modo:

cuando los historiadores profesionales escribían de acuerdo al modelo científico empleaban el tono distante [...] del narrador omnisciente, calcado de los informes científicos del laboratorio y del estilo [...] de las novelas realistas del siglo XIX. El narrador omnisciente se situaba por encima de supersticiones y prejuicios y revisaba con calma y sin pasión las escenas del pasado para decir una verdad aceptable para cualquier otro investigador que aplicara iguales normas a los mismos documentos (77).

Así, “adoptando el método de la ciencia en la investigación y el discurso, las universidades alemanas formaron los primeros historiadores profesionales y muy pronto exportaron el modelo a los Estados Unidos” (77). Tal como señaló Peter Novick, hacia las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, la disputa entre los viejos historiadores amateurs norteamericanos, aquellos caballeros aficionados, y los nuevos historiadores empeñados en impulsar la profesionalización, se manifestó también en el estilo. Los historiadores amateurs se inclinaban al estilo literario y a la intervención ético-política ejercida sin mayor disimulo; “no escribían para ganarse el pan ni por obligación profesional con sus colegas”, sino porque “tenían un mensaje urgente que entregar al público lector en general” (61-62). Quienes en cambio estaban comprometidos en la empresa de hacer de la historia una profesión buscaban distinguirse de la “historia como literatura” y de la “historia como arte” a través de la exaltación de la objetividad y la toma de distancia frente al pasado, notas de la historia con pretensión científica según entendían. Con acierto, Novick extiende a muchas expresiones intelectuales y artísticas esa actitud, que aspiraba a lograr una reproducción de la realidad de ese tipo: la novela, con Flaubert, Zola y Henry James, la pintura realista, el periodismo, al menos en el caso norteamericano (55). Atento a la situación en Francia hacia la misma época, Noiriel sostenía crudamente que, por entonces, “el historiador ya no puede ser un poeta” (67).

Sin embargo, la constitución de la historia profesional a fines del siglo XIX exhibió otro rasgo muy acusado: no sólo se trató de un emprendimiento científico, sino también de uno patriótico y por ende político. Esa dimensión devino tanto del papel que el Estado le atribuía como de la imagen que los historiadores

construyeron de sí mismos. La organización de aquel cuerpo de especialistas en historia, que gozaba de reconocimiento estatal por la vía del otorgamiento de credenciales que habilitaban para el ejercicio profesional, así como por la concesión de recursos para sus instituciones, fue en parte un aspecto del más amplio proceso de consolidación de estados nacionales de las últimas décadas del siglo XIX. Los historiadores asumieron la tarea de contribuir a extender el nacionalismo de masas; el de Francia es un caso muy citado: los principales historiadores de la Tercera República, como Lavisse y Monod, insistieron con fervor en ese doble carácter de su empresa. Pero esas convicciones estuvieron muy extendidas; en la Argentina, por ejemplo, Ricardo Levene y otros muchos las reiterarían con notable frecuencia hasta muy avanzado el siglo XX.

Este doble objetivo, el de la práctica de una historia científica y objetiva y el de la contribución al fortalecimiento de aquello que los historiadores llamaban conciencia nacional, formó parte del núcleo duro de la ideología de la profesión durante mucho tiempo, y en ciertos sectores de la historiografía continúa firme todavía en la actualidad. Una articulación entre objetivos de tan distinto orden, y entre las prácticas que debían desplegarse para alcanzarlos, resulta hoy llamativa. En cambio, a fines de siglo XIX, de acuerdo con Novick, entre los historiadores profesionales “no había tensión entre erudición desinteresada, por una parte, y el deber patriótico o el compromiso moral, por otra; lo primero, por las evidentes verdades éticas y políticas que revelaba, satisfacía a lo segundo” (108).

El costado patriótico de su tarea, a pesar de constituir una convicción extendida entre los historiadores europeos y americanos, debió desarrollarse en espacios nacionales muy distintos; eran diferentes las tasas de alfabetización y de escolarización, la fortaleza, complejidad y extensión territorial del aparato estatal, incluyendo en él escuelas, universidades, museos y archivos. También era distinto el vigor de las tradiciones intelectuales previas así como la densidad de los mercados de bienes culturales. Sin embargo, entre tantas diferencias se registran rasgos comunes, en buena parte tributarios del hecho de que la acción nacionalizadora, que era al mismo tiempo de expropiación y homogeneización cultural, debía realizarse sobre grandes masas humanas: no era entonces una acción cuyos horizontes sociales fueran los acotados de la academia o del

estudiantado universitario. Desde ya, el sistema educativo fue una herramienta crucial para cumplir con aquel mandato, aún si en los primeros cursos de la escuela primaria en expansión se trataba más del ritual patriótico que de la enseñanza formal de historia. Profesores universitarios de historia formaron a futuros profesores secundarios o universitarios; profesores universitarios de historia formaron a los maestros; historiadores de inserción muy sólida en la universidad publicaron manuales escolares y se involucraron fervorosamente en el reclutamiento de nuevos estudiantes. Los historiadores participaron también, en muchos países, de la dirección de agencias estatales que ensayaban políticas hacia el pasado.

En esa búsqueda de extender la identidad nacional entre grupos vastos, muchos historiadores publicaron además libros destinados a públicos no especializados, práctica que por otra parte podía permitirles obtener algún beneficio económico. Algunos ejemplos franceses del siglo XIX son elocuentes tanto de la existencia de esos intentos como del cuidado con que se deben interpretar, hoy, los datos disponibles. Al filo del inicio del proceso de consolidación de las instituciones de la disciplina, publicada por François Guizot, un historiador muy importante en la etapa previa, profesor en la Sorbona y político de primerísima línea, *L'Histoire de France racontée à mes petits-enfants* tiró entre 1870 y la muerte de su autor en 1874, unos 2.239.000 ejemplares. Destinado a la escuela, el manual llamado habitualmente el “Petit Lavis” tiró aproximadamente 13.000.000 de ejemplares entre 1896 y 1920. En el caso de Lavis, debe tenerse en cuenta su gran prestigio como profesor de la Sorbona y director de *L'Histoire de France* –obra en varios tomos a cargo de especialistas que convocaban a otros historiadores, un modelo de obra colectiva sobre historia nacional que se retomó muchas veces luego–, pero sobre todo la circunstancia de constituir un libro de texto (4).

Así, mientras se desplegaba el proceso de profesionalización, y a pesar de que el estilo distante del informe científico se tornara más frecuente, la participación de los historiadores en el esfuerzo nacionalizador fue uno de los sostenes de la edición de libros de historia dedicados a públicos que desbordaban en mucho a los especializados y a los universitarios; a ello contribuyó también el

interés económico y la presencia de tradiciones intelectuales anteriores. Desde ya, escritores que no formaron parte de la historiografía académica, continuando en parte aquellas tradiciones, publicaron también sus propios libros dirigidos al público amplio. La cuestión de los libros de historia dedicados al mercado editorial no especializado remite, entonces, a características fuertes del proceso de organización de la historia profesional y de la práctica de la disciplina.

Es posible entonces, con la cautela necesaria, considerar cuánto subsiste hoy de este cuadro. En 1987, David Cannadine planteaba críticamente que “la mayor parte de esta versión nueva, profesional, de la historia inglesa”, producida en los años sesenta y setenta del siglo XX, había quedado “completamente aislada de la gran audiencia aficionada, no especializada”; señalaba Cannadine que “satisfacer la curiosidad acerca del pasado nacional de tal audiencia había sido, alguna vez, la función primordial de la historia”. Más allá de la precisión o de la inexactitud del diagnóstico, que puede sorprender a la luz de los casos de Thompson y Hobsbawm, entre otros, parece evidente que para Cannadine esa era una función importante y deseable para la historia (182; la traducción es mía). A su vez, Christophe Charle, hacia 1995, observó que la tensión entre la historia “en tanto actividad científica y la memoria colectiva [...], parcialmente formada y organizada por el Estado central”, aunque fue resuelta de modos diversos, “permanece todavía en el corazón del trabajo histórico en Francia”, ya que a los historiadores “les ha sido preciso responder, bien o mal, a la necesidad que la sociedad tiene de contar con un *género literario* que ponga en escena las pasiones políticas y humanas y se esfuerce por otorgar sentido al presente” (21; la traducción y el destacado son míos). En este mismo sentido, Noiriel argumentó en 1996 que en las ciencias sociales, entre ellas la historia, “la relación con el público continúa siendo problemática”, ya que se encuentran entrampadas entre la “búsqueda de criterios objetivos de evaluación” y “la preocupación por captar los favores del público lego”, lo que constituye parte de la herencia de los organizadores de la profesión en el caso de la historia. En el fin de siglo, lo que mejor revelaría, de acuerdo con el autor, la contradicción es “el sistema de publicaciones. Mientras que en las ciencias ‘exactas’ [...] el artículo en una revista especializada es la norma”, en las ciencias sociales y en la historia “la publicación

de obras destinadas, por definición, a un público más amplio que el compuesto únicamente por los especialistas, sigue siendo un objetivo estratégico fundamental” (250).

Es que en la segunda mitad del siglo XX, los historiadores pasaron a compartir con los investigadores de las llamadas “ciencias duras” la condición de miembros de los organismos de planificación y financiamiento de la actividad científica. Allí, en muchas ocasiones, debieron librarse batallas institucionales en torno a los efectos de la situación a la que alude Noiriél, cuyo objeto fue, en general, que los científicos duros admitieran que el libro como soporte de la producción científica tenía tanto valor como el artículo evaluado publicado en revistas especializadas. En la Argentina, la puja duró hasta el siglo XXI, y Dora Barrancos, junto a otros investigadores, la llevó adelante. Tanto las notas de Noiriél como estos otros conflictos sugieren que la observación de Stephen Hawking con la que se abre este artículo no había sido apreciada.

Si se atiende a estos argumentos, los cambios parecen entonces de superficie: la vocación de intervención en la vida colectiva, al menos en su forma de la llegada a públicos extendidos a través de prácticas que serán remuneradas, se conserva, aún si la nacionalización de masas ha dejado de ser su eje exclusivo y no ha sido reemplazado por otro que alcanzara tanta adhesión. Jacques Le Goff, poco antes del cambio de siglo, ponía la situación en estos términos: “nada [...] podrá evitar que la historia, como disciplina y como discurso, continúe jugando más que nunca un papel público que la excede” (17).

En este trabajo, entonces, se examinarán algunas coyunturas y algunos casos peculiares de libros de historia destinados al mercado editorial no especializado en la Argentina durante los últimos cien años, en la convicción de que esa tarea permitirá plantear algunos argumentos en torno al papel de la historia en el mundo político-cultural. No se trata, entonces, ni de todos esos libros ni de todas esas coyunturas; los casos analizados permiten aproximarse al análisis de esta cuestión en el mediano plazo.

Precauciones argentinas

El examen de un problema en momentos culturales discontinuos y tan diversos, como el que aquí se ensayará, reclama de manera evidente la toma de algunas precauciones. Es que en la cuestión hay involucradas varias piezas: el mundo de los historiadores profesionales o universitarios, el de los intelectuales que desde fuera de esos ámbitos se dedicaron al estudio de la historia y publicaron libros sobre ella, el mercado editorial, los públicos, las prácticas de lectura son algunas de ellas. En todas se produjeron transformaciones importantes en la Argentina desde comienzos del siglo XX, que no estuvieron acompasadas y no pueden analizarse aquí en detalle.

Uno de esos cambios es el que supuso la peculiar profesionalización de los estudios históricos, cuyas características generales se plantearon más arriba. En la Argentina, aunque se registran a fines del XIX algunos indicios de especialización dentro del mundo de la cultura así como la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1896, ese fue un fenómeno del siglo XX, que se aceleró a partir de la década de 1920, con centro en las universidades de Buenos Aires y La Plata; en esos años, y en virtud de ese fenómeno, comienza el período que se analizará en este artículo. Por otra parte, la constitución de la historia profesional exhibió límites muy fuertes a lo largo de estos cien años. Una mirada que trabaje en ese rango temporal registra la importancia de las restricciones económicas, tanto en lo que hace a la base institucional como en lo referido a las retribuciones. En la Universidad de Buenos Aires, las dedicaciones exclusivas fueron implantadas en tiempos del primer peronismo, promediando el siglo XX. En el CONICET, en las últimas décadas del siglo XX y, en particular, durante los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner, las ciencias sociales vieron ampliar su lugar en el marco de un crecimiento general, aunque debe tenerse en cuenta que en el caso de la historia los elencos de la institución se solapan en buena medida con los de la universidad. Por otro lado, el reclutamiento de estudiantes ha sido tendencialmente exiguo; esta variable no depende sólo de los deseos de los historiadores o de las vocaciones estudiantiles, sino que está condicionada por las salidas laborales que la profesión ofrece y logra manejar en cada momento: el mundo de los historiadores profesionales es todavía hoy reducido, y lo ha sido desde hace un

siglo. Si bien la historia profesional no ha controlado monopólicamente ni las indagaciones sobre el pasado ni las interpretaciones sobre él en ningún ámbito, en la Argentina la competencia que supuso la tarea de quienes se ubicaban fuera de sus espacios fue intensa y exitosa, al menos en lo que hace a la fortuna de muchos de sus productos en el mercado editorial, y lo es en la actualidad. En cuanto a otro de los elementos mencionados, basta señalar como ejemplo de las transformaciones los procesos de ampliación y cambio de los públicos lectores ocurridos cuando menos en tiempos de la Gran Guerra y en los años sesenta y los que acarrearón las tecnologías digitales, la web y las nuevas técnicas en el mundo editorial.⁴ A pesar de estos cambios tan importantes, una práctica y los procesos que están asociados a ella ha permanecido: los historiadores continuaron escribiendo textos que intentaron convertir en distintos tipos de libros, y han tratado hacerlos circular entre públicos amplios.

Los años veinte y los años treinta

De acuerdo con una opinión extendida, hacia 1916 la “nueva escuela histórica”, un grupo de historiadores universitarios con sede en la Universidad de Buenos Aires y en La Plata, empeñada en hacer de la práctica de la historia una más formalizada y apegada a la versión clásica de las normas del método, se hizo visible en el mundo intelectual argentino. Alrededor de una década después, Emilio Ravignani, uno de sus miembros más destacados publicó su artículo “Los estudios históricos en la República Argentina”.⁵ Ravignani era director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que también fue decano. El artículo apareció en el primer número de *Síntesis*, publicación de cuyo Consejo Directivo Ravignani formaba parte junto a Borges, Carlos Ibarguren y Arturo Capdevila, entre otros; allí sostuvo con afán crítico que los autores de los muy numerosos “librejos sobre la época de Rosas”, que nada aportarían, tenían un interés exclusivamente económico (67). Varias observaciones pueden plantearse acerca de la opinión de Ravignani. Una de ellas remite a que el tema de Rosas

⁴ Se sugiere la consulta de los trabajos de Sarlo y Terán mencionados en la bibliografía.

⁵ Sobre estos temas en el período véase los estudios de Gramuglio y Cattaruzza (“Descifrando”) que figuran en la bibliografía.

parecía atraer la atención, tanto que un destacado historiador universitario entendía necesario mencionar el hecho en un trabajo dedicado al estado de los estudios históricos en el país. El investigador parecía preocupado además porque tales “librejos” sobre temas históricos, por lo que él mismo insinúa, debían venderse bien, dado que sus autores “han visto la posibilidad de un éxito pecuniario más que de saber”. Asumiendo el riesgo de la sobreinterpretación, puede entenderse además que Ravnigani pretendía sugerir la existencia de una enorme distancia entre la investigación desinteresada y seria, que apreciaba, y la producción de aquellas obra menores escritas para ganar dinero (67). Una versión de un solo trazo de algunas de las convicciones que constituían la ideología de la profesión, de la que, naturalmente, siempre conviene dudar.

Si en este punto se echa una mirada a la situación en un nuevo medio masivo de comunicación, como la radio, cuya primera transmisión en Buenos Aires tuvo lugar en 1920 para expandirse muy rápidamente, se registran al menos dos fenómenos de interés: la difusión de varios radioteatros cuyas tramas se ubicaban también en tiempos de Rosas y, ya en los años treinta, la participación de instituciones formalizadas de historiadores en aquel medio. Así, la Academia Nacional de la Historia, por Radio del Estado, y la Sociedad de Historia Argentina, otra institución con pretensiones académicas, transmitieron las conferencias que ofrecían sus miembros.

En el mercado editorial, en aquella década de 1920, circulaba también un libro de otro tipo sobre Rosas, vinculado al mismo tiempo a zonas distintas del mercado de bienes culturales: el guión de la pieza teatral *La divisa punzó* (*Época de Rosas*): *drama histórico en cuatro actos*, de Paul Groussac, quien lo prologaba en 1923, a pocos meses de su estreno, anunciando la entrada de la obra “al mundo literario”. Se trataba de un libro de más de 200 páginas; su autor, importante hombre de letras que frecuentó temas históricos, había sido criticado por Molinari y Carbia, miembros de la “nueva escuela”, pocos años antes. En 1923, la obra de teatro logró un cierto suceso de público en la versión de la compañía Quiroga y en el teatro Odeón. En cuanto al guión escrito que circulaba con todas las señas materiales de un libro, se registra que la tercera edición apareció en 1937; en 1938 y 1939 lo hicieron la cuarta y la quinta. Como en otros casos, no se cuenta con

números precisos de la tirada, pero con ese límite puede atribuirse la aceleración de ventas que parece ocurrir hacia fines de los treinta a la coyuntura político-cultural, cuando los argumentos del revisionismo y las denuncias sobre sus actividades circulaban con mayor intensidad.

Sus investigaciones históricas, expresaba Groussac, le habían dado un conocimiento adecuado de la época de Rosas; en 1921, mientras concebía la obra, decía el autor, “completaba mi documentación con la consulta de ciertos diarios de la época, cuyo extractos no figuraban en mis fichas”. Consulta de diarios, esto es, de documentos, y fichas: prácticas y objetos, aún modestos, del taller del historiador, que en términos de Groussac se impone al dramaturgo, ya que el éxito de la obra se debe “a la feliz elección del asunto”, en razón de que “no puede existir para un público argentino” un tema que “se compare al drama histórico que pone en escena, como protagonistas, a Rosas y su hija Manuela”. Groussac señala que ha buscado alinear la obra con “los conocimientos y resultados adquiridos en mis anteriores estudios sobre Rosas y su época”. Esa estructura “sólida, aunque invisible”, que es el armazón documental, “constituye la mejor condición y garantía de exactitud para la reconstrucción artística del pasado”. Se trata, entonces, de un intelectual que dedica una obra teatral al tema histórico en el que es experto (Groussac XIII XVII).

El interés que despertaba la época de Rosas, su figura y la de su hija Manuela, tanto entre los autores como entre los públicos, parece evidenciarse también en el conjunto de iniciativas culturales que Carlos Ibarguren desplegó a lo largo de la década abierta en 1920. Ibarguren formaba parte de la elite local en sus grupos más encumbrados: entre otros cargos había sido Ministro de Justicia e Instrucción Pública y candidato presidencial por el Partido Demócrata Progresista en 1922; su carrera política continuaría luego en las filas del conservadurismo nacionalista. Ibarguren desarrollaba actividades más próximas a las de la vida intelectual: fue profesor de historia en instituciones secundarias, cuando ocupar esos cargos revelaba la pertenencia a sectores sociales muy estrechos, fue profesor y vicedecano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y, a comienzos de los años veinte, era profesor en Filosofía y Letras. En 1922 se incorporó a la Junta de Historia y Numismática, que en 1938 sería convertida en

Academia Nacional de la Historia; ya en los años treinta, presidió la Academia Argentina de Letras y ocupó cargos en las recientes y todavía pequeñas agencias estatales dedicadas a la política cultural. Ese año de 1922, Iburguren dictó un curso sobre Juan Manuel de Rosas en Filosofía y Letras; según sus memorias, las clases fueron muy concurridas, y las polémicas posteriores a las reuniones eran corrientes. En 1925, publicó *Manuelita Rosas* y en 1930 *Juan Manuel de Rosas; su vida, su tiempo, su drama*. Basado según su autor en los estudios realizados para dictar aquel curso, el libro tuvo buena fortuna en las ventas, al punto de que en 1931 había tirado una cuarta edición de 14.000 ejemplares. Se trataba de una obra erudita, con citas al pie –aunque moderadas– que evidenciaban la consulta de bibliografía y de fuentes y ocasionales reproducciones de documentos. Fue por otra parte Premio Nacional de Literatura de 1930, premio que le fue concedido en 1933 (Iburguren 237 238).

Los tres autores mencionados fueron consultados por el diario *Crítica*, junto a otros intelectuales, en la encuesta que publicó entre diciembre de 1927 y enero de 1928: “*Crítica* en esta encuesta desea mover las opiniones de las más destacadas personalidades sobre nuestro más discutido personaje histórico: Juan Manuel de Rosas”.⁶

Un tema, varios públicos, distintos tipos de historiadores que apelan a diferentes soportes y productos culturales. La época de Rosas; los públicos en trance de ampliarse de los “librejos” que criticaba Ravignani; los que pueden presumirse más acotados de la obra de teatro de Groussac; los cultos y angostos del curso de Iburguren en Filosofía y Letras, que seguramente se extenderían luego con la circulación del libro. Ravignani, un historiador de ya firme implante universitario; Groussac, intelectual de una generación anterior, dedicado a las letras y a la historia; Iburguren, hombre de la elite, alto funcionario incluso en la universidad y miembro de la Junta de Historia y Numismática. Años más tarde, en 1940, en otro cruce entre las letras y la historia, Manuel Gálvez, novelista cuyas obras a menudo se vendían muy bien, y muy notorio al menos desde el Centenario, dedicaría a Rosas una biografía que apareció por El Ateneo en 1940; Gálvez fue

⁶ Acerca del *Crítica*, véase el clásico estudio de Saítta, citado más adelante.

vicepresidente del Instituto Juan Manuel de Rosas, la más duradera institución revisionista.

En el mercado editorial, desde tiempo atrás y al menos hasta los años treinta, algunos libros de historia aparecieron en las colecciones dedicadas a públicos no especializados. Así, la Biblioteca de *La Nación* tiró, entre principios de siglo y 1920 más de un millón de ejemplares de los 875 títulos publicados, según se ha estimado. Por su parte, La Cultura Argentina, de José Ingenieros, publicó desde mediados de la década de 1910 un catálogo que en 1930 recuperó La Cultura Popular; también la Biblioteca Argentina, iniciativa de Ricardo Rojas, replicaba el formato. Allí se publicaron obras de algunos de los escritores nacionales clásicos, que con frecuencia llevaban prólogos escritos por historiadores, y también, aunque más esporádicamente, estudios históricos específicos. Eran libros de historia por la doble condición de textos producidos por quienes habían participado de las luchas del siglo XIX, “próceres” algunos de ellos, y de portadores de una narración, en clave autobiográfica o con afanes más analíticos, de aquellos sucesos. A través de la publicación en las colecciones, ellos se integraron a una biblioteca a la que podían acceder los públicos que se estaban ampliando hacia los sectores populares; allí se publicaron trabajos de Sarmiento, Alberdi, Estrada, Mansilla; también trabajos más explícitamente dedicados a temas históricos: el *Manual de Historia Argentina* de Vicente Fidel López, dedicado a docentes, el libro de Vicente Quesada titulado *Historia colonial argentina*, la *Historia de San Martín* de Mitre, que formó parte de la Biblioteca de *La Nación*, y sus *Ensayos Históricos*, una selección de trabajos que apareció en 1918 en La Cultura Argentina, que La Cultura Popular volvía a publicar casi 20 años más tarde. De acuerdo al período, esos volúmenes solían tirar entre 3.000 y 5.000 ejemplares, cifras que se amplían si se considera la permanencia de los emprendimientos y las reimpressiones.

A su vez, durante los años treinta tuvieron lugar varios procesos de interés para estos temas. Algunas versiones reducen la discusión sobre el pasado librada en esa década a un único enfrentamiento entre la llamada historia oficial y el revisionismo, dos bandos que se suponen cerrados y fácilmente identificables. La forja de esta interpretación y su difusión fue precisamente una de las mayores victorias del revisionismo, que se jugó en el plano de la propuesta de una clave para

descifrar el conflicto político, cultural e historiográfico argentino. Sin embargo, esa interpretación no resiste el cotejo con las fuentes. Por el contrario, las fronteras no fueron nítidas, hombres de la “nueva escuela histórica” publicaron en la revista del revisionismo, algunos revisionistas apreciaron públicamente la tarea historiográfica de hombres de la nueva escuela, y varios historiadores formaron parte de instituciones de los dos supuestos bandos, que además compartían una versión de cómo debían trabajar quienes se dedicaban a los estudios históricos –más allá de que luego llevaran o no adelante ese protocolo- y de lo que por la época se denominaba la función social de la disciplina. Los elencos de las instituciones historiográficas académicas también aspiraban a la circulación amplia de sus obras y a alcanzar públicos vastos: Levene, en la intervención con la que abrió en Buenos Aires, hacia 1937, el II Congreso de Historia de América, proclamaba que “el fuego sagrado de la historia ahora conmueve al pueblo. Es que la historia está hecha [...] para él [...]” (Actas 34 43). Para el propio Levene, “la enseñanza de la Historia Patria” tiene un efecto “formativo de la conciencia argentina”, y esa condición lo llevaba a proponer la reforma de los planes de estudio. Poco antes, en 1934, el historiador había anunciado en el prólogo a la *Historia de la Nación Argentina* “un resumen de la obra principal en dos volúmenes y un atlas para la enseñanza y la cultura general”, afirmando que la “auténtica cultura histórica [...] debe esparcirse socialmente”. “La historia” concluía Levene, “es para el pueblo” (*Cultura* 105). Una historia para el pueblo, una historia que afirme la conciencia argentina; aún si los sentidos atribuidos a tales conceptos variaban, y lo hacían, la interpretación tradicional sólo permite preverlos en el revisionismo histórico. Aparecían, en cambio, en los escritos de quien los revisionistas denunciaban como el devaluado jefe de la historia oficial en sus tiempos.

En el heterogéneo conjunto de libros que remiten al pasado se contaron también los libros de texto, las publicaciones periódicas y las colecciones de documentos que editaron las asociaciones de historiadores. Levene publicó libros para la escuela desde tiempos del Centenario: en 1912 presentó un manual que continuó reeditándose hasta 1939 al menos. Los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas, uno de los núcleos de la “nueva escuela histórica”, publicaron un tomo del *Manual de historia de la civilización argentina*, de 1917. En

1940, Ernesto Palacio, intelectual que había participado de la revista vanguardista *Martín Fierro* en los años veinte, nacionalista luego y revisionista por entonces, publicó *Historia de Oriente*, destinado a la enseñanza secundaria, en la que trabajaba hacía 10 años. Mientras tanto, las instituciones académicas más importantes fundaron sus publicaciones periódicas en los años veinte y treinta. El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras creó su *Boletín* en 1922, la Junta de Historia y Numismática lo hizo en 1924 y también la Sociedad de Historia Argentina. Estas instituciones, y otras vinculadas al poder político, impulsaron también la publicación de varias colecciones documentales en muchos volúmenes, concebidas –como había ocurrido en el caso europeo– para facilitar el cumplimiento de una de las operaciones centrales del método: la consulta del documento, aunque en este caso fuera uno ya publicado. Las revistas académicas de historia y las colecciones de documentos sólo podían aspirar a alcanzar públicos altamente especializados, y en lo referido a los documentos, quizás ni siquiera, ya que las instituciones parecían compradores más pertinentes a la vista de la cantidad de tomos que las componían.

Pero también las editoriales clásicas que apuntaban a públicos más vastos, y que jugaron un rol importante en su ampliación, cobijaron libros de historia; *Claridad* fue un caso. La editorial Difusión, próxima al catolicismo y al nacionalismo en los años treinta, publicó *La historia falsificada*, de Ernesto Palacio, hacia fines de la década, y algunas obras históricas de Julio Irazusta, quien junto a su hermano Rodolfo había lanzado por Tor, otra editorial de las que buscaban alcanzar los públicos extendidos, tanto *La Argentina y el imperialismo británico*, de 1934, del que se ha planteado que contenía las claves de la mirada revisionista, como el *Ensayo sobre Rosas* un año más tarde.

El caso de *La Argentina y el imperialismo británico* merece alguna atención, no sólo por aquella condición que habría exhibido respecto del revisionismo. La obra es en buena parte una crítica al tratado Roca-Runciman, firmado en 1933, y el resto es un ensayo histórico; como señaló Olga Echeverría, frente al tratado “no hace más que retomar una serie de objeciones y cuestionamientos que se encontraban extendidos en el campo político”. Sin embargo, su resonancia,

argumenta Echeverría, podría fundarse en que habían sido expuestas en un libro, un “producto cultural prestigioso” (184). Irazusta, mucho tiempo después, en su obra *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, de 1975, se refirió a la recepción del libro. Indica allí que “dos ediciones de dos mil ejemplares cada una se agotaron en pocos meses” (216), para agregar que “desde su aparición, prodújose un remolino de opiniones a favor”, en particular “desde el 10 de mayo de 1934 en adelante”. De la cantidad de cartas que dice haber recibido Irazusta se detiene en la de Emilio Ravignani, quien manifestaba que “con rencor trasnochado y supina ignorancia se pretende negar la vitalidad nacionalista argentina que va de 1829 a 1852”, aplaudiendo la iniciativa de Irazusta. La “reacción tan inesperada para mí del público culto fue una revelación”, continúa Irazusta. Pero, advierte, “la prensa no secundó aquel movimiento de la opinión”, introduciendo otra variable digna de examen a la hora de valorar los destinos de un libro, propio o ajeno. *La Prensa* y *La Nación* “ni siquiera mencionaron nuestro libro”, en lo que le parece una “guerra del silencio” que sin embargo “no detuvo la marcha del libro” (212 214). Más allá de estos datos, las evocaciones de Irazusta revelan el aprecio que le merecían los públicos cultos, el sistema cultural oficial y sus premios, y la gran prensa, que finalmente, según señala, lo reivindicó, aunque por otro de sus trabajos; una curiosa “guerra del silencio” amable.

También en esa zona de encuentro, y de confusión, entre la política, la literatura, la historia, las instituciones y habitantes de ambos mundos y sus productos, tuvo lugar otro episodio que merece atenderse. Según es sabido, Ricardo Rojas era un intelectual muy importante cuando menos desde tiempos de los centenarios. Además, era, desde 1916, miembro de la Junta de Historia y Numismática, que a partir de 1938, como se indicó, se transformó en Academia Nacional de la Historia. Luego del golpe de 1930, Rojas se había incorporado a la UCR derrocada y en 1933, respondiendo críticamente a las iniciativas sanmartinianas que impulsaba el oficialismo justista, lanzó *El santo de la espada*, al que se le agregó más adelante el subtítulo *Vida de San Martín*, por la editorial Anaconda, aunque pronto parece haber pasado a Rosso, hasta que Losada se transformó en el nuevo editor. Un libro de historia, entonces, utilizado por un intelectual reconocido para plantear una

batalla política. El libro tiró 20.000 ejemplares en su primera edición, 60.000 indica la cuarta, de 1940, ya de Losada en la colección popular, y unos 120.000 hasta 1950, cuando salía la 12ª edición; el libro tuvo ediciones especiales más reducidas.⁷ En otras zonas de la industria cultural y en otro clima político, Leopoldo Torre Nilsson dirigió una película que era adaptación de la obra de Rojas y recogía el título, hacia 1970; por entonces, las películas sobre temas históricos eran frecuentes. El film, hasta 2017, figuraba en algunas fuentes como la cuarta más vista en la historia argentina, con 2.600.000 espectadores. Lejos de estas cifras, y retornando a los años treinta, la *Historia de la Nación Argentina* de la Academia Nacional de la Historia, que Levene dirigía y cuyos primeros tomos habían aparecido en 1934, los había agotado en 1939, en un movimiento en el que sin duda influyó la compra institucional pero que no se redujo a ella.

Esta cuestión se retomará más adelante, pero si se da por buena la hipótesis de la existencia de un proceso de ampliación de los públicos lectores hacia los sectores populares y medios, que arrancarían en los años de la Primera Guerra Mundial, es posible sostener que los libros de historia, de distinto tipo y calidad, tuvieron allí un papel.

Los libros de historia y la política durante el peronismo

Abierta ya la coyuntura peronista, con las disputas políticas y culturales reordenadas alrededor de un conflicto nuevo, se registran dos episodios importantes para la cuestión analizada. Por una parte, José Luis Romero presentó *Las ideas políticas en la Argentina*, en 1946; por otra, Ernesto Palacio publicó su *Historia de la Argentina 1515-1938* en 1954.

Romero, nacido en 1909, se había doctorado en la Universidad Nacional de La Plata, a fines de la década, con una tesis sobre historia antigua. Era profesor en la escuela media y había publicado manuales para ese ciclo; en la universidad daba clases desde comienzos de los años cuarenta y había publicado artículos de historia en revistas especializadas. Romero, socialista y antiperonista, intervino en

⁷ Agradezco a la Licenciada Patricia Conway, de la Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, UBA-CONICET, que aportó muchos de los datos mencionados.

el debate político-cultural con *Las ideas políticas en la Argentina*; el libro fue rápidamente exitoso y, en el largo plazo, se convirtió en una obra muy vendida: hasta 1987, en dos colecciones de la editorial Fondo de Cultura Económica, la obra tuvo 10 reimpressiones, cuya frecuencia se aceleró a partir de 1975; la última reedición es de 2008. La edición de 1987 fue, por ejemplo, de 5.000 ejemplares. El autor instaló su obra explícitamente en el presente y, en un epílogo que mantuvo en las siguientes ediciones, hizo público su compromiso político. Romero comenzaba por señalar que “en el proceso de formación de la nacionalidad argentina –y muy particularmente en el de la formación de su sensibilidad política– la época de la colonia no es sólo la etapa primera, sino también la decisiva” (13); desde allí, la obra se extendía hasta tiempos cercanos a los sucesivos presentes en los que fue compuesta. La primera versión se detenía en 1930.

Poco antes del golpe de Estado de 1955, que derrocaría al gobierno peronista, Ernesto Palacio presentó la primera historia argentina integral escrita desde una perspectiva revisionista; Palacio, cuya trayectoria anterior se ha evocado, había adherido al peronismo. Eran algo más de 650 páginas, que en esta oportunidad se publicaron en un solo volumen en ALPE, una editorial animada por Arturo Peña Lillo; en ediciones posteriores, se unificaron para luego volver a ser dos. Palacio comenzaba su historia argentina en una época próxima a la que había elegido Romero, más precisamente en 1515, y extendía su análisis hasta 1938. Esta primera edición tiró 5.000 ejemplares; luego se sucedieron 10 ediciones más hasta 1979; en los años que van de 1973 a 1975, durante el tercer gobierno peronista, se publicaron 4 ediciones, la octava y la novena en el mismo año: 1975. La obra, entonces, también logró buenas ventas al salir y en el largo plazo.

¿Es posible hallar rasgos comunes entre estos dos libros, tan distintos sin embargo en sus contenidos historiográficos y en las perspectivas ideológicas que se revelan en los argumentos planteados, y escritos por autores cuyo compromiso político era casi antagónico? El ejercicio puede intentarse. Los dos son libros sin citas al pie, salvo escasísimas excepciones en el caso de Palacio; el eliminar las que son las huellas clásicas del trabajo de archivo realizado fue un recurso al que con mayor o menor fortuna han recurrido los historiadores para ampliar sus públicos. Por otra parte, se trata de historias nacionales que asumen que la historia

argentina comienza en tiempos coloniales y que examinan etapas próximas al presente; son además historias resueltas en clave política, aunque en el caso de Romero hay un problema de ese orden planteado desde el título, que de todos modos es desbordado en el texto. Sus dos autores, finalmente, fueron intelectuales cuya pertenencia a tradiciones ideológicas y grupos políticos era evidente y conocida, y se asumía en la obra: los dos poseían potenciales auditorios ya ganados, y se trataba entonces de extenderlos.

Nuevas transformaciones: el papel de los libros de historia en la ampliación de los públicos (1955-1976)

Es corriente plantear que durante los años sesenta se produjo un nuevo proceso de transformación de los públicos lectores, también del tipo de bienes culturales ofertados y en parte de su circulación. En lo que hace a públicos y auditorios, esa transformación tuvo dos notas destacadas: la ampliación y la modernización. Fue también el momento en que los diversos revisionismos lograron expandir socialmente sus interpretaciones, o algunas versiones de ellas; ciertos fragmentos de sus planteos fueron asumidos por sectores amplios y se integraron en lecturas que cosecharon muchas adhesiones. Los libros que los revisionistas publicaron con ahínco en estos años solían tener muy buenos desempeños entre aquellos públicos.⁸

El largo viaje de los planteos revisionistas desde los años treinta, cuando los éxitos existieron pero fueron ocasionales, a esta circulación permanente y masiva luego de 1955 –contexto en el que también se inscriben los destinos de la obra de Palacio–, puede explicarse por varios factores. Una cuestión central fue que el peronismo hizo suya, con menos dudas y matices que cuando fue gobierno, una mirada revisionista sobre el pasado; la condición de posibilidad de la difusión revisionista en estos años fue esa apropiación. Entre 1945 y 1955, algunos revisionistas se habían aproximado al peronismo, pero debieron convivir con quienes sostenían otras interpretaciones históricas; las políticas del Estado peronista hacia el pasado no incorporaron notas revisionistas en lugares

⁸ Véase la citada obra de Oscar Terán.

destacados, por otra parte. Luego del derrocamiento, en un escenario político en el que el antiperonismo –o franjas muy amplias de él– se filiaban con una línea cuyas efemérides eran Mayo y Caseros, para culminar en el golpe de Estado de 1955, el propio Perón había hecho suyo otro linaje que tenía sus héroes en San Martín y Rosas: públicamente, el jefe del movimiento derrocado lo había planteado en *Los vendepatria*, de 1957.⁹ Dirigentes menos encumbrados e intelectuales peronistas que se mostraban muy activos desde el derrocamiento, no sólo incorporaron argumentos históricos de estirpe revisionista a sus escritos sobre otros asuntos, sino que, como se indicó, publicaron libros de historia sistemáticamente, como una operación central en el combate cultural que libraban. Ese esfuerzo incluyó además otras prácticas en la empresa, vasta y dispersa, de difusión de una interpretación del pasado: conferencias, homenajes públicos, imposición de nombres de caudillos federales a los locales políticos, menciones al pasar en los discursos en actos sindicales. Los grupos revisionistas, aún con disidencias ya que también allí se manifestó la tensión entre peronistas y antiperonistas, como señaló José María Rosa, asumieron el encuentro también activamente (Hernández 150 151).

En tanto, grupos que asumían perspectivas de otro tipo también publicaban obras de historia con frecuencia. Con orígenes en los sectores de la izquierda trotsquista que habían apoyado a Perón desde 1945, los más organizados se reunían en torno a la figura de Jorge Abelardo Ramos, decisiva en el plano intelectual y en el político en estos ámbitos. Ramos fue un activo organizador cultural, editor de colecciones de libros baratos donde la historia tenía un lugar destacado y autor continuado de obras muy exitosas sobre temas históricos en estos años. Este sector planteaba constituir la izquierda nacional, denominación que se extendió a otros intelectuales que sin embargo no formaron parte de los grupos de Ramos; estos últimos reclamaban para sí el ejercicio de un revisionismo socialista tan alejado del mitrismo como del rosismo, según sostenían.

Como se indicó, varios de los libros revisionistas fueron exitosos en estos años, formando en algunos casos parte de colecciones de libros muy accesibles,

⁹ Cfr las páginas 125 y 126 de la obra de Goebel incluida en la bibliografía.

de venta en quiosco: La Siringa, Coyoacán, Pampa y Cielo fueron algunas de ellas.¹⁰ No era la primera vez en la Argentina que se organizaban colecciones de libros destinados a públicos amplios; el de la editorial *Claridad*, en los años veinte y treinta, no debe pasarse por alto. Por otra parte, en los años sesenta esa práctica era encarada también por otros sectores políticos, más allá de cómo resultara el emprendimiento: el Partido Comunista presentaba libros semejantes por Editorial Procyón y por Anteo, fundada con anterioridad, entre otras.

Tanto la intensificación de la disputa por el pasado, vinculada a la lucha política, como la expansión del revisionismo, han sido ya investigadas; menos atención recibió el hecho de que desde otras zonas del mundo de los historiadores también se produjeron obras para esos públicos transformados y extendidos. En la universidad, desde fines de los años cincuenta se habían hecho visibles algunos grupos, todavía pequeños, de historiadores que buscaban distinguirse de los más tradicionales, herederos todavía de la nueva escuela; tampoco los planteos del revisionismo, que no tenía presencia universitaria, los conformaban. Desde la Cátedra de Historia Social del ya mencionado José Luis Romero, en Buenos Aires, y con contactos en algunos centros del interior, intentaron la práctica de una historia renovada de acuerdo a las que entendían eran las propuestas más interesantes en su hora: los *Annales*, alguna zona del marxismo historiográfico, los aportes de sociólogos y economistas. Sin involucrar a todos sus miembros, en esos ámbitos se produjo una novedad importante para la historiografía argentina de base universitaria: la aparición de un sector vinculado al marxismo; antes, se habían contado sólo casos individuales.

En 1972, desde esa zona de la historiografía comenzó a publicarse una *Historia Argentina* que apareció por Editorial Paidós, dirigida por Tulio Halperin Donghi; la iniciativa original del proyecto surgió de Boris Spivacow mientras estaba a cargo de Eudeba, para ser vendida en fascículos (Halperin Donghi 8). Un editor, entonces, una editorial y una práctica clásicas de los modos de venta asociados a la ampliación de públicos lectores. La intervención a la universidad de la dictadura de Onganía, en 1966, frustró ese proyecto, que devino finalmente en

¹⁰ Se recomienda la consulta de los estudios de Blanco, Rivadero y Pulfer consignados más abajo.

la *Historia Argentina* que apareció con sello de Paidós. Si bien la obra estaba organizada en varios tomos, algunos de ellos fueron escritos por un solo autor y no más de tres; sus características editoriales la aproximaban al manual universitario, pero también a lo que luego se llamó alta divulgación. La colección funcionó bien en el mercado, tal como indica su relanzamiento en 2000, que incluyó el agregado de nuevos tomos, pero también la circunstancia de que algunos de los volúmenes alcanzaron segundas y hasta cuartas reimpressiones en los años ochenta. Por entonces, algunos tomos fueron a su vez publicados por Hyspamérica.

Cuando se produjo el golpe de 1966, Spivacow dejó la Editorial Universitaria de Buenos Aires y organizó, con algunos colaboradores, el Centro Editor de América Latina, el CEAL.¹¹ Desde allí se desplegó un actividad editorial muy intensa y sostenida, orientada a aquellos públicos nuevos, incluso a sus zonas juveniles, que apelaba una vez más a la venta en quioscos de fascículos que terminaban constituyendo colecciones. En la oferta temáticamente heterogénea del CEAL la historia tuvo un lugar destacado; con ella se vinculan, entre otras, las muy difundidas colecciones *Los hombres de la historia* (1968), *Siglo mundo* (1968), *Polémica. Primera historia integral Argentina* (1970) y los *Documentos de Polémica*, *La historia popular. Vida y milagros de nuestro pueblo* (1970), *Historia del Movimiento Obrero* (1972); *Capítulo*, uno de las más conocidas, llevó precisamente por subtítulo *La historia de la literatura argentina*. Atravesando episodios de allanamientos y quema de libros durante la dictadura abierta en 1976, el CEAL lanzó en 1984 una nueva colección de libros en buena parte dedicados a los estudios históricos, que funcionó muy bien en el mercado, *La biblioteca política argentina*. Durante los años sesenta y setenta, participaron allí intelectuales e historiadores de muchas instituciones, perfiles culturales, adscripciones políticas y franjas etarias.

Por fuera del CEAL, otra historia argentina apeló en aquellos años a la venta de fascículos en quioscos: la *Crónica Histórica Argentina*. Con sello de Editorial Codex, y dirigida por Antonio Pérez Amuchástegui, profesor en la Facultad de

¹¹ Sobre el CEAL, véase la obra de Gociol cuyos datos aparecen en la bibliografía.

Filosofía y Letras, se vendió por entregas entre 1968 y 1969; luego de la aparición de 75 fascículos se la pudo adquirir encuadernada a partir de 1972 y hasta al menos 1979. Sin que sea posible dedicarle aquí más que una mención, debe también tenerse en cuenta que en la experiencia de *Pasado y Presente* –quizás más en los *Cuadernos*, publicados a partir de 1968, que en las dos épocas de la revista (1963-1965 y 1973), decisiva para la renovación del pensamiento de izquierda en la Argentina– los libros dedicados a la historia tuvieron un papel importante. En el caso de los *Cuadernos*, incluso, la historia estaba allí tanto a través de estudios historiográficos –el famoso volumen 40 titulado *Modos de producción en América Latina* (1973) es un buen ejemplo–, como por la edición de textos clásicos del marxismo.

En este período, otro intelectual dedicado a la historia logró excelentes ventas: Félix Luna; lo hizo desde comienzos de los años sesenta y hasta su muerte en 2009. Profesor en la Facultad de Derecho, Luna no formó parte de los grupos de historiadores comprometidos en la renovación de la disciplina, aunque publicaría más adelante una larga entrevista a José Luis Romero, figura central de aquellos sectores, a la que se recurre con frecuencia. Luna desplegó una tarea con muchos frentes en su empeño de divulgación y apeló también a los medios de comunicación: fundó la revista *Todo es Historia* en 1967, dedicada a públicos no especializados y abierta a colaboraciones de miembros de varios grupos de historiadores; compuso las letras del disco *Los caudillos*, junto al músico Ariel Ramírez, en 1966, y más tarde las de la obra *Mujeres argentinas*, que Mercedes Sosa presentó en 1969, con piezas que remitían al pasado nacional. También con Mercedes Sosa, en 1972, Luna lanzó la *Cantata sudamericana*, donde la dimensión histórica se hacía presente en clave más social. Luna incursionó también en la radio y en varios medios de comunicación. A lo largo de estas décadas logró vender muy bien sus libros *Yrigoyen* (1954), *Alvear* (1958), *El 45* (1968), *Perón y su tiempo* (1984-1986), que alcanzaban públicos amplios pero también universitarios. La circulación de su revista mensual *Todo es Historia* puede reconstruirse para la década de 1980 con precisión: de acuerdo con el Instituto Verificador de Circulaciones, hacia agosto de 1979 vendía 13.253 ejemplares en todo el país; en

mayo de 1983, 17.141 y en 1988, 9.331. No es sencillo ponderar estas cifras, ya que no existía en el país otra revista dedicada a la divulgación histórica en la época; una revista como *Crisis*, que incluía la historia en una agenda que la excedía, había vendido entre 20.000 y 25.000 ejemplares en 1973.¹² Ningún estudio en regla de la divulgación histórica en la Argentina puede prescindir de examinar la acción de Luna.

Tampoco podría un estudio de ese tipo eludir el análisis de la trayectoria de José María Rosa, revisionista en los treinta que había adherido luego al peronismo. Se ha señalado ya que el conjunto del revisionismo logró llegar a sectores importantes del público; José María Rosa fue uno de los que se ocupó particularmente de los intentos de difusión: intervenciones en los medios de comunicación, no sólo en los próximos al peronismo; dirección del *Boletín del Instituto Rosas*, donde explícitamente planteaba que “no tendrán cabida aquí ensayos de nivel rigurosamente científico –tarea que acampará en la *Revista* semestral del Instituto”, ya que la nueva publicación estaba dedicada a la agitación cultural;¹³ participación en el guión de una película sobre Juan Manuel de Rosas, dirigida por Manuel Antín y estrenada en 1972; publicación de una *Historia Argentina* en 13 volúmenes, aparecidos entre 1964 y 1980. A las dificultades habituales para conseguir un registro fiel de tiradas, ediciones y ventas de libros, en el caso de la obra de Rosa se suma el hecho de que la venta se hacía centralmente a domicilio, fueran oficinas, comercios o casas particulares. Las llevaba adelante, más que una empresa, un grupo cambiante y más bien informal de militantes peronistas que conseguían así alguna remuneración. En el tomo 3 y en el tomo 7 de la edición de 1976, y en el 7 de la de 1979, se incluyó en contraportada una leyenda que indica: “El editor deja expresamente prohibida su venta a librerías, bajo apercibimiento de iniciar acciones judiciales, dado que su presencia en librerías es de origen dudoso”. La colección continuó publicándose, a veces combinando en el conjunto volúmenes de distintas ediciones: los tomos 7 y 8, en su edición de 1976, indican una tirada de 3000 ejemplares cada uno; los

¹² Véase la tesis doctoral de De Diego cuyos datos aparecen en la bibliografía.

¹³ Cfr. *Boletín del Instituto Rosas*, Segunda Época, número 1, p. 3, julio 1968.

tomos 9 y 10 en su edición de 1977, 10.000 ejemplares cada uno. En 1985 todavía se publicaba la obra; otro gran recorrido entre los lectores.

Así, en estos años que van del derrocamiento del peronismo en 1955 a su retorno y su nueva caída, cuando la dura lucha política librada incluyó proscripciones, represión, golpes de Estado y apelación a la lucha armada, el debate sobre el presente se enlazaba con naturalidad y de manera inmediata con el debate sobre el pasado, tanto con el reciente –en cuyo centro se hallaba la experiencia peronista abierta en el 45–, como con el lejano; la propia permanencia del peronismo en el escenario político favorecía el enlace. Estas circunstancias alentaron la puesta en circulación de todo tipo de artefacto cultural referido al pasado: obras de teatro, discos, películas. También libros que, producidos por historiadores de varios sectores ideológicos, con pertenencias institucionales diversas o sencillamente sin ellas, y destinados a diferentes tipos de lectores, alcanzaron como se ha indicado cifras muy importantes de ventas, contribuyendo nuevamente al proceso general de ampliación y modernización de los públicos.

Hacia el presente

Si bien no se cuenta con estudios detallados acerca del problema examinado durante la dictadura, cuando cambiaron radicalmente las condiciones en las que se desplegó la vida cultural en la Argentina, puede presumirse que algunos de los libros de historia que habían conocido el éxito en los años anteriores continuaron su recorrido; se ha citado más arriba el caso de la *Historia Argentina* de Rosa, de la que publicó Paidós y de los libros de Luna, por ejemplo. El fin de aquellas condiciones en 1983/1984 fue un acontecimiento relevante, que viene a cruzarse con otros importantes procesos de transformación en algunos aspectos del objeto en estudio, cuya cadencia no está atada a la política sino a otros factores.¹⁴

Tal como ocurrió en todo el mundo, ciertos cambios tecnológicos impactaron en varios costados del problema de la edición de los libros y de sus mercados. La extensión de la reproducción de textos a través de la fotocopia, que “ha devenido en una práctica de masas”, o por medios digitales luego de la aparición de internet a

¹⁴ Sobre la dictadura véase la mencionada tesis de De Diego.

mediados de los años noventa, es un ejemplo, así como la modificación de las prácticas de lectura, que parece involucrar a los públicos universitarios y a los no especializados y reclama herramientas más sofisticadas para su estudio; se ha planteado que la lectura de libros también se ha vuelto “fragmentada y dispersa” (Barluet 84).¹⁵ Por su parte, en la Argentina los efectos de las recurrentes crisis económicas, de la cuales la ocurrida en 2001 fue la más profunda e impactante hasta ahora, y otras restricciones menos espectaculares pero más sostenidas, deben tenerse también en cuenta. Hacia comienzo del siglo XXI, fundamentalmente en razón de los tonos de la experiencia kirchnerista, la discusión política y con ella la histórica se volvieron más intensas que en la década anterior, alentadas en el caso del pasado reciente incluso por la anulación de las leyes que indultaban a los responsables de delitos de lesa humanidad y la reapertura de los juicios, así como por la lectura que el kirchnerismo realizaba de las políticas económicas llevadas adelante durante los años noventa. La conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, que se suponía era la celebración de un episodio vinculado a los orígenes de la nación, constituyó un evento de masas, quizás inesperado, y promovió debates sobre el pasado brindando además una oportunidad para el crecimiento de la demanda estatal y política de historia, y para la oferta de muchos tipos de libros y varias colecciones de historia.

Fuera de estas condiciones más generales, debe considerarse que en los ámbitos de la historia universitaria se produjeron cambios importantes una vez que la dictadura terminó. Los mecanismos vinculados a la profesionalización se asentaron en el mediano plazo, estableciéndose más mediaciones con la coyuntura política; por otra parte, los miembros de esa historia universitaria crecieron de manera notoria en términos absolutos, en razón de la continuidad institucional y de la creación de nuevas carreras. Si bien la historia no amplió sustantivamente su capacidad de convocatoria entre el conjunto de los nuevos estudiantes universitarios en términos porcentuales, entre 1988 y 2003 los estudiantes de

¹⁵ El artículo de Sophie Barluet que se cita, cuyos datos completos figuran en la bibliografía, anuncia desde su título la opinión de que la edición de libros de historia en Francia atravesaba una crisis a comienzos de siglo, amenazada no sólo por condiciones generales, como la citada práctica del fotocopiado, sino también por el avance de los libros de otras ciencias sociales y los cambios en la cultura estudiantil hacia el libro y la lectura.

historia de las universidades nacionales de todo el país se habían casi duplicado. En 2012, se contaban unos 20.000 estudiantes de grado en las carreras de historia en las universidades estatales de todo el país.¹⁶ Esa expansión no sólo amplió la demanda potencial para los libros especializados, sino que impactó en su producción. El número de investigaciones iniciales, necesarias para alcanzar títulos de grado y posgrado, creció y la atención prestada a los méritos académicos en el sistema presionó en el mismo sentido y alentó la redacción de ponencias, artículos y tesis; los congresos se hicieron más frecuentes, las revistas especializadas crecieron en número. También aumentó tendencialmente, a pesar de retrocesos coyunturales fruto de decisiones de política científica, la cantidad de proyectos de investigación subsidiados, de becarios y de investigadores. Si bien se trata de unos textos que, en su primera versión, son producidos por especialistas y están dedicados a esos mismos públicos, dado que son los especialistas quienes evalúan y consumen tesis, ponencias y artículos, ella se encuentra por detrás de varias colecciones que publican editoriales universitarias –Eudeba, editoriales de UNGS, UNQ, UNTREF, UNSAM, UNR, UNL, a las que se puede sumar Prohistoria, aunque no lo sea estrictamente– y comerciales –Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Edhasa, Prometeo, entre otras–, que en ocasiones llegan a públicos más extendidos.

En cuanto a los públicos ampliados, y retornando al gran período abierto en 1984, es visible la permanencia de un mercado de importancia para libros referidos al pasado entre los lectores no especializados. Quizás no se trata de la demanda expansiva, urgente y comprometida de los años sesenta y setenta, pero sí existe una demanda que se mostró tenaz. Sólo para disponer de una pauta de comparación que permita apreciar cifras, puede considerarse que, aparecida en dictadura, la novela de Jorge Asís, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, de 1980 y considerada muy exitosa, agotaba una séptima edición en 1981 y hacia 1984 ya había vendido más de 100.000 ejemplares, en medio de polémicas muy intensas. Poco después, en 1989, Félix Luna publicó *Soy Roca*, un libro que rompía las características que solían atribuirse a un libro de historia, pero que así parece haber sido leído; la obra alcanzó

¹⁶ Las cifras de estudiantes figuran en los Anuarios de Estadísticas Universitarias, disponibles en la web.

16 ediciones en tres años y al menos 30 ediciones hasta comienzos de siglo; con menos visibilidad previa, José García Hamilton, a su vez, rondaba con *Cuyano alborotador* (1998), dedicado a Sarmiento, y con *Don José* (2000), sobre San Martín, los 70.000 ejemplares en cada caso y en poco tiempo. El autor señalaba sobre *Don José* que se trataba de una “biografía novelada de José de San Martín”, y por tanto “una recreación libre de su vida”, aunque aclaraba que había sido “escrita a partir de los documentos existentes sobre el personaje”; un punto de partida inestable que no tuvieron en cuenta quienes, en alguna conferencia, acusaron al autor de mancillar la figura del prócer. A comienzos de siglo XXI, tuvieron lugar episodios resonantes a escala mediática en el mundo de los libros de historia: en tiempos de la crisis de 2001, una obra firmada por el conocido periodista Jorge Lanata, titulada *Argentinos. Desde Pedro de Mendoza a la Argentina del Centenario*, de 2002, llegó a vender 11 ediciones ese año y a superar los 100.000 ejemplares; una versión para la escuela secundaria se presentó el año siguiente. Felipe Pigna, que tenía experiencia como profesor de historia y un recorrido previo en radio y televisión en programas dedicados a ella, se afirmó por entonces como autor de best-sellers recurrentes hasta la actualidad.

También desde los ámbitos de la historia con presencia institucional en la universidad se hicieron intentos por alcanzar públicos más vastos que los de los claustros, una actitud que, como se ha planteado, tenía antecedentes y que en estos tiempos pudo haberse cruzado con el fenómeno de la divulgación científica en otras disciplinas, que también funcionó bien en el mercado editorial. A fines de los años noventa, el diario *Clarín* de Buenos Aires entregó los fascículos de una *Historia visual argentina*, a cargo de historiadores de varias instituciones. El diario *Página 12*, también porteño, hizo circular durante mucho tiempo fascículos producidos por los equipos de profesores de historia del Colegio Nacional de Buenos Aires. A su vez, la *Breve Historia de la Argentina Contemporánea*, de Luis Alberto Romero, profesor universitario e investigador de CONICET, que apareció en 1994, había tirado 16 reimpressiones hacia 2009, con una edición ampliada en 2001 y una actualizada en 2012; la definitiva fue presentada en 2017. Las ventas superaron al parecer los 80.000 ejemplares. Con el paso del tiempo, un texto asociado al juicio a los miembros de las

juntas militares responsables del terrorismo de Estado, el *Nunca más*, también se transformó, a su manera, en un libro de historia; su venta ha sido continuada y masiva y ya en 1994 aparecía la 18ª edición. En los años cercanos al cambio de siglo se presentaron dos historias argentinas en varios tomos: la *Nueva Historia Argentina*, dirigida por Juan Suriano, que publicó Sudamericana replicando el esquema tradicional de un director general y directores de tomo que convocan a especialistas, y la *Nueva Historia de la Nación Argentina*, que la Academia Nacional de la Historia publicó incluyendo a historiadores ajenos a la institución. Han existido además otras iniciativas, con diferentes resultados, de colecciones de “alta divulgación”, a cargo de elencos de historiadores profesionales: la colección *Nudos de la Historia*, dirigida por Jorge Gelman, que comenzó en 2007, otras que apuntaron a la biografía, alguna de dimensión hispanoamericana en ocasión del Bicentenario.

Por otra parte, para este período se cuenta además con datos estadísticos que cambian la situación del investigador respecto del trabajo sobre otras etapas y permiten aproximarse a procesos de interés, aunque como siempre reclaman una aproximación precavida. En el *Informe preliminar de la Encuesta nacional de lectura y uso del libro*, encargada por el Ministerio de Educación, con datos de comienzos de 2001, se señalaba que entre los “temas” más leídos entre los lectores de libros, aquello que los encuestados llamaban “historia” ocupaba el primer lugar; probablemente con tino, o al menos con cautela, los autores del informe sugieren que es posible que los entrevistados ubiquen allí a la novela histórica (*Encuesta 18*). Poco más tarde, en 2005, una encuesta sobre uso del tiempo libre en la ciudad de Buenos Aires indicó que entre quienes leían libros como primera actividad, los de historia eran la segunda opción detrás de las novelas. Una nueva *Encuesta nacional de hábitos y prácticas de lectura* se realizó en 2011 (*Encuesta 35*); allí se indica que “la historia y la literatura son las dos temáticas más leídas por todos los grupos de edad (con un promedio de 88% y 78% respectivamente)”. Para 2013 y para 2017 se cuenta con la *Encuesta Nacional de Consumos Culturales*; en la de 2013 se estima que el 57 % de la población ha leído al menos un libro en el año y que la historia es la “temática” más leída (38%) luego del cuento, que figura como un “género” (39%). Cuatro años más tarde, la misma *Encuesta* señala que ha disminuido el

consumo de libros: el 44 % de la población ha leído al menos un libro. La lectura en general –diarios, revistas, internet– se mantiene estable. En esta ocasión, la historia, ubicada como “género literario”, encabeza la lista de los lectores de libros frecuentes y poco frecuentes con el 28,1%.¹⁷ Este panorama parece consistente – a pesar de que las categorías utilizadas vuelven a complicar la comparación– con la indicación realizada por la Cámara Argentina del Libro en su *Informe de producción del libro argentino*, de 2017, acerca de que de los nuevos libros editados en 2017, el 16 % correspondía al “tema” Ciencias Sociales, el único rubro utilizado en la grilla que podía contener a la historia. Encabeza la lista el “tema” Literatura, con el 26 %.

¿Qué puede inferirse de estos datos? Por una parte, que en los últimos veinte años, aproximadamente, en el público lector se ha sostenido el interés por la historia, o para evitar los vaivenes conceptuales que se han señalado en las fuentes, por libros que remiten al pasado. Por otra, que junto a las dudas que los entrevistados puedan tener al ubicar a una obra en esta categoría esquivada, el libro de historia, son los propios diseñadores de las encuestas quienes titubean y la consideran según la ocasión un género, una temática, un tema o un género literario. Muchas de estas dudas son antiguas y no logran ser saldadas.

Finalmente, en el sector especial de los libros dedicados al uso en la escuela, un mercado tan peculiar que puede dudarse que lo sea plenamente, se detectan dos cambios en el período abierto en 1984. Uno de ellos es estrictamente local: la reforma educativa impulsada en los noventa por el gobierno menemista empujó a las editoriales a la renovación de los manuales escolares, que se transformó en una operación comercial muy exitosa. Desde aquel momento, los nuevos libros de texto están en buena parte siendo escritos, desde ya a cambio de una retribución, por historiadores universitarios, docentes e investigadores, quebrando así una tradición de décadas en la historiografía argentina. El segundo tiene que ver con procesos de escala mundial: la web, el uso de Wikipedia y los cambios en las prácticas de lectura de los estudiantes, una cuestión cuyo examen detenido excede los objetivos de este trabajo.

¹⁷ El dato acerca de la encuesta sobre el uso del tiempo libre de 2005 pueden consultarse en *CulturaBA*, del 29/12/2005 y en *La Nación*, 22/12/2005.

La política, la cultura y los libros de historia

Desde las primeras décadas del siglo XX, entonces, muchos libros que se referían al pasado lograron ventas significativas en la Argentina. Ellos exhibieron distintas características materiales, que iban desde aquellas de los “librejos” que disgustaban a Ravignani en 1927, hasta las de los tomos de la *Historia de la Nación Argentina*, más refinados y sin dudas más caros. Sus autores provenían de ámbitos sociales e intelectuales diferentes: historiadores de viejo tipo; miembros de la elite, como Groussac o Ibarguren; nuevos historiadores que se jactaban de no pertenecer a las familias que habían librado los combates del siglo XIX y de conocer los misterios del método; intelectuales dedicados sistemáticamente a los estudios históricos por fuera de las instituciones universitarias y con un fuerte compromiso político; historiadores de fin de siglo XX con inserción firme en la universidad y en el sistema de investigación, en los que la definición política tampoco estaba ausente. Así, el mapa no indica que los historiadores amateurs apuntaran a los públicos amplios y los profesionales no, ni que la “izquierda” de la historia profesional lo haya hecho y los sectores dominantes de la profesión no, ni que los revisionistas se dedicaran a ellos y los historiadores llamados oficiales no. Tanto los elencos de la historia profesional como los de los intelectuales dedicados a la historia por fuera de la academia, autores de la izquierda y de la derecha política, peronistas o antiperonistas tuvieron como un objetivo importante, según plantearon, la conquista de auditorios extendidos y no especializados, más allá de cómo les fuera finalmente.

Otros datos deben tenerse en cuenta. La existencia de escritores que se dedican a la historia, o de divulgadores como se los ha denominado en algunos estudios, que logran colocar bien sus libros, no es una nota sólo local; podría en cambio pensarse si lo específico de la situación argentina reside en los rasgos de los diferentes tipos de público y sus relaciones, pero no se cuenta con estudios en regla sobre ese punto. Cabe también distinguir entre intentar alcanzar públicos ampliados y lograr ese objetivo. En ese sentido, tanto la intención como el resultado son indicios de procesos distintos; en el caso del intento, de una concepción de las tareas que le competen al historiador, de la búsqueda de beneficios económicos, de una vocación por la intervención fuera de los claustros, entre otras posibilidades. El caso

del resultado, cuando es bueno, es más delicado; existe cierta inclinación a leer en cifras importantes de ventas de productos culturales de este tipo evidencias de opciones plenamente políticas de los públicos, sin atender a las apropiaciones y lecturas realizadas. Ello significa desconocer además que tales libros circulan en un mercado en el que no hay sólo pura demanda, sino mediaciones de otro tipo: estrategias de venta de las editoriales, acciones de prensa, visibilidad del autor. Si se realiza el esfuerzo de leer esos consumos como síntomas de algún clima sociocultural específico, es también útil distinguir entre el suceso de ventas explosivo y fugaz y la venta continuada en el mediano plazo.

En relación con lo anterior, se observa que hasta donde existen datos confiables, los llamados consumos culturales incluyen la lectura de libros dedicados al pasado en un lugar destacado; esa demanda parece sostener, en un movimiento de fondo, aquellos éxitos. No hay novedad, entonces, en la situación posterior a 2001, que en alguna ocasión fue interpretada como un momento de ruptura.

Desde ya, muy previsiblemente, esos libros exitosos se refieren casi con exclusividad al pasado nacional o a sus figuras; podría mencionarse algún caso referido a América Latina, como el de la *Historia de la nación latinoamericana* (1968), de Jorge Abelardo Ramos, pero poco más. No es esta una característica estrictamente argentina, pero vale la pena considerar cuánto debe esta circunstancia al contexto inicial de organización de la historia profesional, uno de cuyos centros fue la acción nacionalizadora, ya mencionada al principio de este artículo. También sus autores han asumido, de manera muy extendida, la clave política para las explicaciones que ofrecen incluso cuando se trata de libros que, a primera vista, son biografías de Rosas o de San Martín.

En estos 100 años también los públicos que esos libros buscaban cambiaron. Tres coyunturas fuertes de cambio, según se admite, fueron la ampliación del público lector a partir de fines de la década abierta en 1910, cuyos efectos continuaron en las siguientes; las transformaciones iniciadas en los años sesenta, que también significaron ampliación y además modernización; y la que se abre a partir de la expansión de la web y los nuevos medios, cuyos efectos son más difíciles de asir. En las dos primeras, y muy probablemente en la tercera, los libros y otros productos culturales referidos al pasado jugaron un papel muy importante; quizás

en los sesenta y primera mitad de los setenta, impulsada por ese otro vínculo tan fuerte en la Argentina, el de la historia y la política, ese papel fuera central.

Bibliografía

Appleby, Joyce, Lynn Hunt, Margaret Jacob. *La verdad sobre la historia*. Barcelona: Andrés Bello, 1998.

Barluet, Sophie. “L’édition en histoire: anatomie d’une crise”. *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 85 (2005): s/p.

Blanco, María Julia. *Representaciones del pasado nacional en La Siringa 1958-1966*. XIV Jornadas Interescuelas de Historia, Mendoza, 2013.

Cannadine, David. “British history: past, present – and future? *Past & Present*, 116, 1, (1987): 169–191.

Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian. *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*. Madrid/Buenos Aires: Alianza, 2003.

Cattaruzza, Alejandro. “Descifrando pasados. Debates y representaciones de la historia nacional”, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001

____ “El revisionismo en los años treinta: entre la historia, la cultura y la política”. Celina Manzoni (ed.). *Rupturas*, Tomo VII. *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Emecé, 2009.

Charle, Christophe. “Être historien en France: une nouvelle profession?”. François Bédarida (ed.). *L’histoire en le métier d’historien en France 1945-1995*. Paris: Éditions de la Maison des sciences de l’homme, 1995.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa, 1992

De Diego, José Luis. *Campo intelectual y campo literario en la Argentina (1970-1986)*. Tesis doctoral. Web. Acceso: 22/09/2018.

____ (dir.). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Echeverría, Olga. “De la apelación antidemocrática al colonialismo como argumento impugnador de la ‘oligarquía’. Los hermanos Irazusta en la génesis del Revisionismo histórico argentino”. *Prohistoria* 8 (2004): 173-191.

Geslot, Jean-Charles. “Les best-sellers de l’histoire au XIXe siècle”. *Histoire et culture au XIXe siècle*. Web. Acceso: 22/09/2018.

Gociol, Judtih. *Más libros para más*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2007.

Goebel, Michael. *Argentina’s Partisan Past*. Liverpool: Liverpool University Press, 2011.

Gramuglio, María Teresa. "Posiciones, transformaciones y debates en la literatura". Alejandro Cattaruzza (ed.). *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Tomo 7. Nueva Historia Argentina. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.

Groussac, Paul. *La divisa punzó (Época de Rosas)*. Buenos Aires: Jesús Menéndez, 1937 [3ª edición].

Halperin Donghi, Tulio. "Prólogo a la nueva edición". *Historia Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

Hernández, Pablo. *Conversaciones con José María Rosa*. Buenos Aires: Hernández, 1978.

Hourcade, Eduardo. "Ricardo Rojas, hagiógrafo (A propósito de *El santo de la espada*)". *Estudios Sociales* 15 (2005): 71-89.

Ibarguren, Carlos. *La historia que he vivido*. Buenos Aires: Dictio, 1977 [1955].

Irazusta, Rodolfo y Julio Irazusta. *La Argentina y el imperialismo británico*. Buenos Aires: Tor, 1934.

Le Goff, Jacques y Nicolas Roussellier. "Preface". François Bédarida (ed.). *L'histoire en le métier d'historien en France 1945-1995*. Paris: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995.

Levene, Ricardo. "Discurso de apertura". *Actas del Segundo Congreso Internacional de Historia de América*. Tomo I. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1938. 34-43.

___ *La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1946.

Noiriel, Gérard. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Frónesis/Cátedra, 1997.

Palacio, Ernesto. *Historia de la Argentina 1515-1938*. Buenos Aires: ALPE, 1954.

Pulfer, Darío. *Jorge Abelardo Ramos y la editorial Coyoacán*. Buenos Aires: Peronlibros, 2015.

___ *Jorge Abelardo Ramos, Arturo Peña Lillo y la Colección La Siringa*. Buenos Aires: Peronlibros, 2015.

Ravignani, Emilio. "Los estudios históricos en la Republica Argentina". *Síntesis*, año 1, número 1 (1927): 63-75.

Ribadero, Martín. *Tiempo de profetas. deas, debates y labor cultural de la izquierda nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*. Bernal: Universidad Naciional de Quilmes, 2017.

Rojas, Ricardo. *El santo de la espada*. Buenos Aires: Anaconda, 1933.

Romero, José Luis. *Las ideas políticas en la Argentina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.

Sagastizábal, Leandro de. *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Buenos Aires: Eudeba, 1995.

Sáitta, Sylvia. *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

Samuel, Raphael (ed.). *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona; Crítica, 1984.

Sarlo, Beatriz. *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2001.

Sorá, Gustavo. "El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano". *Políticas de la Memoria* 6 (2011): 125-142.

Terán, Oscar: *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur, 1991.